

Mónica Maier

Un latido tuyo

Incluso un corazón roto puede seguir latiendo



Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, noviembre 2017

© 2017 Mónica Maier

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Paula](#)

[Capítulo 2](#)

[Paula](#)

[Capítulo 3](#)

[Paula](#)

[Capítulo 4](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 5](#)

[Paula](#)

[Capítulo 6](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 7](#)

[Paula](#)

[Capítulo 8](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 9](#)

[Paula](#)

[Capítulo 11](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 12](#)

[Paula](#)

[Capítulo 13](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 14](#)

Paula

Capítulo 15

Aitor

Capítulo 16

Paula

Capítulo 17

Aitor

Capítulo 18

Paula

Capítulo 19

Aitor

Capítulo 20

Paula

Capítulo 21

Aitor

Capítulo 22

Paula

Capítulo 23

Aitor

Capítulo 24

Paula

Capítulo 25

Aitor

Capítulo 26

Paula

Capítulo 27

Aitor

Capítulo 28

Paula

Capítulo 29

[Aitor](#)

[Capítulo 30](#)

[Paula](#)

[Capítulo 31](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 32](#)

[Paula](#)

[Capítulo 33](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 34](#)

[Paula](#)

[Capítulo 35](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 36](#)

[Paula](#)

[Capítulo 37](#)

[Paula](#)

[Capítulo 38](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 39](#)

[Paula](#)

[Capítulo 40](#)

[Paula](#)

[Capítulo 41](#)

[Paula](#)

[Capítulo 42](#)

[Paula](#)

[Capítulo 43](#)

[Aitor](#)

[Capítulo 44](#)

Paula
Epílogo
Aitor
Agradecimientos

A todos los que, por cada razón para llorar,
encuentran siempre otra para sonreír.

Vive, joder. Vive.
Y si algo no te gusta, cámbialo.
Y si algo te da miedo, supéralo.
Y si algo te enamora, agárralo.

Patricia Benito
Primero de Poeta

Capítulo 1

Paula

Enero. Comienza un nuevo año. Esta época siempre supone un punto de inflexión, el inicio simbólico de una nueva etapa llena de propósitos, que la mayoría de las veces se van diluyendo al mismo tiempo que vamos dejando días atrás según el año va transcurriendo. Yo solía formar parte de ese grupo que comienza el día uno de enero con una lista interminable de objetivos por cumplir en la mano. Bien, este año la lista solo contiene un proyecto: vivir sacando lo mejor que cada nuevo amanecer me ofrezca. Algunos días me cuesta más, los recuerdos aparecen y hacen asomar la cabeza a antiguos miedos que se entrelazan con otros más nuevos, pero en conjunto parece que lo voy consiguiendo.

Me ajusto la bufanda al cuello para protegerme del abrazo helado del viento, mientras camino con paso rápido por las calles más céntricas de Madrid. La Navidad casi ha acabado, solo queda la recta final. La decoración propia de la época todavía engalana las calles y en estos días previos a la celebración de Reyes el ambiente festivo y la rutina diaria de la ciudad se mezclan en un caprichoso equilibrio.

Siempre me han gustado estas fiestas; el ajetreo, las compras, los rostros felices. De hecho, uno de mis recuerdos más queridos lo constituye el de las mañanas de Reyes de mi infancia. Me despertaba la primera, cuando la casa aún se encontraba sumida en la calma de la noche y el sol apenas había hecho su aparición por el horizonte. Si cierro los ojos todavía puedo percibir la sensación del frío en mis pies, mientras recorría descalza, con el corazón latiendo acelerado, la distancia que me separaba de la habitación de mi hermano; porque la ilusión se multiplicaba si al des-

cubrir los regalos su mano aferraba la mía. Esa ilusión por descubrir sigue viva y aumenta con cada nuevo recuerdo que creo y atesoro.

Distingo el cartel de la cafetería donde he quedado con Alicia y acelero el paso deseando entrar en su cálido refugio. No hemos tenido un inicio de estación demasiado frío, sin embargo, los últimos días un viento polar nos ha sorprendido desplomando los termómetros. Suerte del sol que rara vez nos abandona por demasiado tiempo y que consigue suavizar la gélida sensación térmica.

Empujo la puerta y me detengo en la entrada, mientras mis ojos se mueven por la abarrotada sala hasta dar con la inconfundible melena rubia de mi prima. Esbozo una sonrisa y me voy deshaciendo de la bufanda y los guantes a medida que me acerco a su mesa.

—Hola. —Da un respingo al escuchar mi voz junto a su oído. Me rio y le doy un beso en la mejilla.

—Hola. ¿No sabes que es malo sobresaltar a una mujer en mi estado? —me recrimina con una sonrisa mientras tomo asiento frente a ella.

Pongo los ojos en blanco y acomodo el abrigo y el bolso en el respaldo de mi silla.

—Tampoco creo que sea bueno para tu estado —recalco las palabras—, comerte tres tortitas con nata y chocolate, y un batido.

Se encoge de hombros y se lleva un trozo de esponjosa masa a la boca. Contemplo cómo deja caer los párpados y suspira con una expresión de puro placer, mientras saborea el dulce.

—No sé con qué las han cocinado, pero creo que yo quiero tres platos.

—No seas boba.

—Tú no te has visto la cara.

—Es esta pequeña renacuaja —dice apoyando la pal-

ma abierta con suavidad sobre su abdomen que comienza a curvarse—, que tiene hambre a todas horas y le encanta el dulce.

—¿Esta? —pregunto con una sonrisa.

—Sí, va a ser una niña —afirma antes de llevarse la pajita a los labios y dar un trago enorme al batido.

—Cielo, no es por quitarte la ilusión, al fin y al cabo, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que estés en lo cierto, pero ¿no sería mejor esperar a que te lo confirme el médico antes de que lo des por sentado?

—Es una niña, lo sé. Ya lo verás. Y hablando de médicos, recuerda que el martes tienes que acompañarme a revisión.

La miro y aprieto los labios.

—No lo digas.

—Aunque no lo quieras escuchar sabes que tengo razón. Ese bebé tiene un padre y deberías contar con él. Respeto, y bien sabes que no entiendo, que no quieras tener una relación con Sebastián, pero va a formar parte de tu vida, así que más te vale que vayas pensando en la forma de hacerle un hueco.

Cruza los brazos en un gesto inconsciente de protección. Cada vez que Sebastián salta a la palestra se cierra en banda. En el fondo, pienso que solo se encuentra asustada y necesita algo de tiempo para encajar las piezas o, al menos, eso espero. Decido cambiar de tema y relajar la tensión que se ha creado.

—¿Lista para ir de compras? —La artimaña funciona y una sonrisa enorme aparece en el rostro de mi prima.

Tres horas después me dejo caer en el sofá del salón agotada, pero feliz. Suelto la multitud de bolsas que sostengo en las manos y que resbalan hasta quedar apoyadas en el suelo de cualquier manera. La tarde ha resultado de

lo más fructífera y he conseguido comprar todos los regalos para el día de Reyes. Solo ha habido un momento extraño, quizá esa no sea la palabra, nostálgico lo definiría mejor. No he podido evitar acordarme de Víctor al pasar por la sección de electrónica de unos grandes almacenes; cualquiera de los *gadgets* que llenaban las estanterías le hubiera encantado. Se me ha hecho raro que este año él no forme parte de mi lista de personas a las que hacer un regalo. En realidad, estas últimas semanas le he tenido muy presente. La Navidad es una dama de dos caras y cuando has perdido a alguien la añoranza también forma parte del paquete. Supongo que lo que siento resulta perfectamente normal. No duele, solo es una opresión en el centro del pecho que llega sin avisar con pequeños detalles que atraen recuerdos felices a mi mente. No dudo de la decisión que tomamos, pero eso no impide que me apene cómo han resultado las cosas. Nos despedimos sintiéndonos dos extraños y los días en los que formábamos un «todo» se me antojan un sueño lejano, a pesar de que solo han transcurrido unos pocos meses. Resulta curioso cómo a quien creemos conocer se puede volver un extraño en tan solo un segundo y que podamos sentir una conexión casi inmediata tras una breve conversación con un desconocido.

Retengo el aire y luego lo suelto muy despacio, a la vez que el puño que oprime mi corazón va aflojando su agarre. Sus ojos, su rostro, se abren paso desde mi memoria. Aitor. Bloqueo la oleada de sensaciones que provoca su recuerdo. No lo logro del todo y vuelvo por un instante a aquella playa desierta. Y me parece sentir de nuevo el tacto de sus manos sobre mi piel, sus labios besando los míos, su sabor, su olor. Suspiro y los dejo ir. Forman parte de una ilusión, de la memoria de algo bonito que nunca tuvo la oportunidad de ser nada más que eso. En las últimas semanas su recuerdo también se empeña en aparecer más de lo que

me gustaría. Ya digo que estas fechas me ponen muy emocional y el caos de sentimientos de los meses anteriores a veces revive con pequeños destellos.

Me levanto y recojo las bolsas esparcidas a mis pies, no es momento de dejarse llevar por la melancolía. Estoy bien, todo va bien. Lo repito como una especie de mantra, mientras coloco los regalos en el armario de mi habitación y me cambio la ropa por algo más cómodo para estar en casa. Luego me dirijo a la cocina, abro el frigorífico y observo con desgana su contenido. No me apetece cocinar, así que saco lo necesario para hacer un sándwich vegetal que termino comiendo frente al televisor. Veo unos cuantos capítulos de Poldark y cuando los bostezos comienzan a encadenarse unos con otros decido que ha llegado el momento de irme a la cama. Apago la televisión y las luces del salón, y paso rápido por el cuarto de baño para lavarme los dientes y ponerme el pijama. El silencio me envuelve cuando me deslizo bajo las sábanas. El frío de la tela traspasa el suave algodón del pantalón hasta erizarme la piel. Me quedo muy quieta con la vista fija en el techo, mientras mi calor corporal se va extendiendo. Ningún sonido sobre mi cabeza. Solo un piso vacío. Hoy me cuesta deshacerme de su recuerdo que revolotea inquieto queriendo hacerse fuerte. Me pregunto si estará bien. Si piensa regresar. Preguntas y más preguntas para las que no tengo respuesta. Agotada, termino durmiéndome con su imagen flotando a mi alrededor.